

Luis Alberto Sánchez

Para una antología de Luis Durand



UIS DURAND es un autor poco antologable, si se le considera desde el punto de vista de la corrección, propiedad y pureza: mucho si aplicamos otro canon: el de la vivacidad y pintoresquismo.

Durand pertenece a la categoría de los narradores *de race*. Tenía el dominio del cuento. Lo poseía. Por eso, cuando un comentarador atento trata de invalidar su mérito literario porque, digamos, por ejemplo, comienza uno de sus libros con una oración como ésta: "Cuenta don Pío en las Memorias de Baroja...", el lector común —y el avisado también— tiene derecho a oponer un reparo más serio al malevolente: "E pur si muove", lo que, aplicado al caso, quiere decir: "Y, sin embargo, lo seguimos leyendo".

Recuerdo haberle formulado el reparo a Durand. Con su aire sencillote y medio ruborizándose me respondió: "Por la chitas, ya lo había notado: me entusiasmé con el relato y se me olvidó el resto". "El resto", era para él, narrador auténtico, todo lo que no fuera el cuent

Se me viene a las mientes el caso de Alcides Arguedas: pocos escritores más incorrectos y hasta a veces incongruentes, y, sin embargo, pocos relatan con tanta vivacidad, son tan comunicati-

vos, mantienen tan alta tensión en sus obras. Con mucha mayor ventaja, de fondo y forma, Sarmiento, tan descuidado a menudo en la sintaxis, no perdía jamás el temple del relato.

No se piense que hay en lo anterior el implícito propósito de comparar a Durand con Sarmiento ni con Arguedas. Cada cual tiene su función y su ámbito. Me refiero sólo a ciertas circunstancias expresamente anotadas.

He escogido para este ensayo de antología, tres fragmentos de libros diversos y un cuento: el titulado "El triunfo del Cenizo".

Pensé que debiera figurar "Vino tinto", el mejor cuento de Durand, o "El pate", pero aquél es demasiado extenso para estas páginas, y éste acaba de ser reproducido en la edición dominical de un diario santiaguino.

Los trozos que siguen reflejan modalidades características de Durand. El era así: flúido, humano, simple, enamorado de la tierra, experto en huasos e inquilinos. Su actividad fué literaria y vitalmente, la de un hombre entero, sin recovecos, pertinaz, satisfecho de existir, pese a que tuvo más de un motivo para entristecerse e indignarse. No llegó a completar los sesenta: estaba a punto de producir otra novela tan bien sostenida como *Frontera* acaso. Aún sin ella, su nombre y su obra representan algo muy positivo en las letras de Chile y del continente.

VISION DEL CAMPESINO CHILENO

(De *Presencia de Chile*)

I

Los aletazos sonaron recios y casi al mismo tiempo, el gallo lanzó su canto, que llenó el estrecho ámbito del rancho. Una claridad indecisa, apenas se filtraba por entre la quinchá. Muy pronto se oyó en las viviendas próximas el mismo canto: breve, me-

lancólico, desvaído. Un vientecillo de mayo, transminante, hostil, agitaba las tiras deshilachadas, del techo de totora, que colgaban del alero de la vivienda. Dentro, crujió la pallasa de hojas de maíz, tosió un chiquillo y estornudó un hombre. El perro acurrucado bajo el cobertizo, le aulló friolento a la última visión nocturna. Juan Inquilino, se puso los pantalones, húmedos todavía, de chapalear en el barrizal del potrero donde estuviera sembrando el día anterior, y se enderezó al borde del lecho para calzarse las "chalas" que se amarró al tobillo con un "tiento" de cuero crudo ablandado con sebo. El sabe que el reloj de carne no se equivoca jamás. Era la hora de levantarse. Las gallinas dejaban la escalera y se arremolinaban cloqueando ante la puerta que luego abrió Juan. La noche lanzó su último bostezo, que se coló helado hasta el interior, levantando el "pulchén" de la ceniza donde quedaban aún restos de los tizones de la fogata de la víspera.

Envuelto en su mísero poncho, desflocado y de un color que el mismo ya olvidó, Juan ganó el callejón barroso, donde las hojas amarillas de los álamos terminaban su breve vida de luz y de sol, la campana de "las casas" dejó oír su voz tristona, trémula y monótona, que llamaba al trabajo. Por el camino iban otros hombres, hermanos de Juan en la precaria herencia, de dar todo el esfuerzo, de una vida, al servicio de aquellos para quienes la tierra era siempre generosa. La mañana era torva, huraña, sombría. Lejanamente oíase el grito de los vaqueros arreando los bueyes de labor hacia la puerta del potrero de la siembra. Agazapados tras de unos álamos, donde tiritaban angustiadas las últimas hojas, unos nublados densos acechaban al día.

El llavero con la nariz roja, entumecido, reparte el apero. Yugos, coyundas, cabrestos. Los peones a buen tranco desfilan con ellos al hombro, en dirección al campo de labor. Dos o tres mayordomos, cuyas bestias sudorosas exhalan por todos los poros una tibia neblina de humedad, esperan las raciones. El hombre de las llaves las cuenta cuidadosamente. ¿Cuántos tenís vos? —pregunta

desconfiado—. Bueno, doce, y con la ración de la Melania; trece, Harina, grasa, sal. Ya está. Ahora la galleta. Una, dos, tres... ¡Todo al saco! —sonríe desmañado el mayordomo—. Too va pal mismo depósito.

Afirma las riendas, hiere los flancos húmedos y arranca al galope. Lleva por delante el saco mugriento, con su tesoro mísero, pero tesoro al fin. Al pasar frente a la casa del patrón, una moza de carrillos encendidos, cruza la galería llevando una gran bandeja: café, té, leche, tostadas, dulce. Es el desayuno para los patrones.

Juan Inquilino ya está en el surco. Los bueyes se azotan el flanco, mansamente. Algunos novillos de primera enyuga mugen temblorosamente. La tierra ahora, arcilla blanda, recibe sin rebeldía el filo del puntón. Unos tiuques que challan plañideros van tras de las yuntas.

—Solimán, Venado... ¡Chiist!

Melania en la "rancho" ya tiene el fondo de hierro en el fuego. Mal que mal, ella despunta sus trocitos de masa de las "pantrucas" y hace una "churrasca" para su mate. Luego arriba el mayordomo. Gravemente cuenta con los puños las raciones. Todo está conforme.

Y el tiempo pasa. Otra vez la campana se oye lejanamente; voz extraña, sin efectos. Es la hora del desayuno. Los hermanos de Juan Inquilino, incluso él se agrupan junto al mayordomo para recibir la galleta. Sentados en el timón del arado se la comen a mordiscos; otros, apoyados melancólicamente en la manquera. Después un cigarrillo de hoja, largo, deforme, amargo, áspero: ¡delicioso! Y tras un rato de conversación lenta, el mayordomo sale de la rancho, y monta en su bestia, extenuada y humeante, para gritar:

—¡Vamos, niñitos..., vamolé!

Y los niñitos van de nuevo tras los bueyes, con el extremo de

la garrocha cerca del ijar; la mano en la manquera. Tras ellos los tiuques chillando plañideramente. Es el otoño...

II

Toda la noche el huracán ha soplado con violencia, con furia loca. Ha ululado en la oquedad de las murallas y de los tranqueros. También entre las piedras enormes de los cerros. Destrozó las quillas y sacudió los robles centenarios de las montañas. Después rizó de temblores negros el convoy aéreo de las nubes espesas, y empujó con estrépito a los troncos en la onda desmelenada y rugiente del río. En el llano azotó despiadado el rancho de Juan Inquilino, arrancándole el techo de paja cortadora, para meterse dentro de la vivienda como un bandido, agitando a hombres y cosas en un rudo bailoteo de terror y desamparo. Después huyó bramando, seguramente, a fatigarse estrellando su fuerza en los farellones cordilleranos. Entonces unas nubes rezagadas, nerviosas de tanto batallar se deshicieron en copiosa lluvia sobre el campo inundando el rancho de Juan Inquilino. Y éste, sintiendo cómo el agua se escurría a torrentes sobre su torso, estuvo techando de nuevo su vivienda. Con restos de paja, con tablas viejas, con latas. El alba gris lo sorprendió en esta tarea. Adentro todo era un lodazal. Fué necesario hacer una fogata, para secar las pilchas y por eso no le fué posible salir a trabajar a primera hora. Llegó cuando sonaba la campana del desayuno y por este motivo no tuvo derecho a la ración de la mañana.

En la casa la mujer estaba enferma. Los chiquillos tiritaban junto al fuego. Después, a la mayorcita se le quemaron las "pantrucas" del almuerzo, y como no había otra cosa fué necesario comerlas así. En tanto, Juan Inquilino trabajó toda la mañana en la bodega trasvasijando el vino de los toneles y luego dando vuel-

tas a la máquina desgranadora de maíz. En los momentos en que la ocasión le fué propicia se empinó el tiesto rebosante de tinto. Esto le calentó el cuerpo, y le dió energías que luego se trocaron en desmayo cuando sus músculos se aflojaron y su mirada entontecida reflejaba no entender lo que se le ordenaba. Entonces el bodeguero lo insultó gritándole palabras soeces, insultos gruesos:

—¡Borracho sinvergüenza! ¡Animal!

Afuera, en tanto, seguía lloviendo copiosamente. Los canales de regadío eran torrentes bramadores, que vomitaban agua sucia, inundándolo todo. En la rancho, felizmente, arde un lindo fuego. Las llamas chisporroteantes se retuercen en lenguas azules. Juan Inquilino, y todos sus hermanos de destino comen los porotos con hartío ají, alrededor de la fogata. Algunos llegan arremangados hasta más arriba de la rodilla, chorreando de todas partes, como si ellos mismos se fueran a deshacer. Son los hombres que sacan los "tacos" en los potreros a fin de que el temporal no inunde los caminos.

En las casas, arde la chimenea del comedor. Los señores abrigados en sedosos ponchos de vicuña, leen junto a ella, novelas de Xavier de Montepin.

—¿Qué tal? —pregunta uno.

—Linda obra. Preciosa —y luego, con gesto de fastidio—:

—¡Hombre! ¿Hasta cuándo irá a llover?

Por el camino va a esa hora Juan Inquilino. Uno de sus hermanos le grita al pasar:

—¡Qué tiempo, cómpadre! Medio día apenas se pudo trabajar.

—Tuvo suerte. A mí sólo me rayaron, un cuarto.

En el fondo del camino, el arco iris se curva sutil, vagoroso, entre las nubes. Ha cesado de llover. Mañana habrá sol y los señores saldrán de caza. En el rancho de Juan, cuyo piso es un charco, hará mucho frío. Pero el invierno es así...

III

La primavera toca su flauta de ensueño entre los montes. Los esteros han vuelto cantando a su lecho de arenas brillantes, y el agua bajo el ramaje, tiene una limpia transparencia de cristal. Arriba hay un cielo azul, puro como una mirada de sinceridad. A Juan Inquilino lo encontramos hoy en los campos del sur, donde aún hay caminos a medio desbistar, bosques inmensos que tienen un corazón fresco y fragante, hecho de grandes árboles cubiertos de hojas tiernas, cuya alta ramazón en la clara luz del austro ondean como un oleaje verde y dorado.

Juan Inquilino a pesar de la opulencia de la naturaleza es siempre pobre. En las altas lomas arcillosas, hace el barbecho, sobre el cual en el otoño próximo, esparcirán los granos que guardarán para este objeto, las bodegas de la hacienda. Es la media tarde, y como siempre, va con sus pasos lentos tras los bueyes, rompiendo con su arado la dura costra de la tierra erizada aún de troncos y pedruscos. El viento sur agita sin cansarse sus invisibles alas, levantando un polvo delgado que se entra por las orejas y la nariz, porfiadamente, y circunda los ojos de extrañas ojeras. Juan lleva amarrado a la cintura su tarro de lata y a veces, cuando el cansancio le rinde, baja hasta la quebrada a humedecer su ración de harina tostada en el estero. Las ramas de los helechos le dan su abrazo de suavidad. A lo lejos, oye el golpe del hacha de sus hermanos que en el seno de la montaña, parten la leña que consumirá el motor de la trilladora en la cosecha; otros hacen estacas para los cercos. Aun se divisa una que otra columnita de humo de la "percha" de algún carbonero retrasado.

Pero en todo el ámbito hay un hálito de vida, de energía nueva. Es verdad que en el rancho ya se acabó el trigo, los porotos, la harina. Hubo de recurrir a la bodega de la hacienda. Para esto Juan Inquilino vendió en yerba, parte de su cosecha próxima: las

crias de la chancha y la parvada de pavos nuevos, que pican los yerbajos junto al rancho. Fué preciso también, comprar unos metros de casineta y de tocuyo para él; percalas y franelas para la mujer y los chicos. Pero no importa: hay una voz de esperanza en todo: pían los polluelos junto a la cerca y la vaca que le dieran a medias, hace días parió un hermoso ternero clavel. Este año habrá leche para darles a los chicos siempre hambrientos. Además, aquí el campo es más pródigo que el de la zona central. Hay días que después de una lluvia los montes amanecen blanqueando de digüenes y de dulces pinatras. Los gargales, entre los robles ofrecen su carne tierna y jugosa... También, entre días un ramo de copihues rojos, suele venderse bien, a la pasada del tren en la estación cercana. Luego habrán cógüiles, peumos, maqui y avellanas. Es por eso que Juan Inquilino tiene aquí, los hombros más anchos y la mirada llena de luz.

Por las noches, entre las rendijas del rancho, el viento canta su canción de melancolía. Es cierto que en su interior hay hambre, pero a pesar de ello, hay una gran esperanza. La primavera es como la dulce y esquiva palabra de una mujer hermosa, a quien presentimos que un día nos entregará la miel de su boca y el calor de su corazón.

IV

Las sementeras ondulan en la ardiente caricia del sol. Juan va ahora sentado sobre la dura silla de fierro de la máquina cortadora, arreando las yuntas de los mejores bueyes de la hacienda. Bueyes enormes, de pelaje suave ahora humedecido de sudor, caminan jadeantes empujando la mesa de la cortadora que troncha el trigal rumoroso, y lo arroja a la vera, rendido, en gavillas doradas. Los tábanos de vientre verde metálico y alas azules transparentes, hostigan a las bestias de labor, que se defienden con la cola y fuerte tiritones de la piel. Un sol abrasador hiere sin piedad

a Juan Inquilino, por cuyo rostro se escurre el sudor en gruesos goterones espesos de polvo. Atrás vienen los carros emparvadores, y las horquetas de dientes bruñidos, donde refulge la luz, se hincan en las gavillas, sin cesar. Crujen las ruedas de palo de los carros con un crujir largo, que es como aullido, y ruedan hacia las eras donde se levanta la parva rubia junto a la trilladora, que traga vorazmente las gavillas, que los hombres le echan, sin tregua, por su ancha boca.

Todo ahora es actividad apremiante. Corren los jinetes. Cruzan las carretas cargadas de sacos, o llevando las pipas llenas de agua, para apagar la inmensa sed del motor, que a ratos apura con agudos pitazos. Hay momentos en que la trilladora se atraganta y entonces caen las correas y quedan las poleas girando vertiginosamente, heridas por el sol. Los hombres cuya camisa empapa el sudor, pegándola al cuerpo, se sumergen por los agujeros del monstruo de fierros, para sacar el taco de espigas, y paja triturada, colocan las correas, lanza el motor de nuevo un pitazo, breve, y el volante da un tironazo al cual responde un ¡chas, chas! ronco. Los hermanos de Juan Inquilino gritan gozosos.

—Ya, niñitos... ¡Vamolé!

Bajo la ramada, Melania, con la cabeza envuelta en un trapo, revuelve los porotos hirvientes, donde resaltan las rojas costras de ají. A ratos va a buscar una brazada de leña junto al monte entre el cual, el aire es espeso y ardoroso de aromas y de sol; vibrante de tábanos y moscardones. Y cuando llega el mediodía, el motor lanza un pitazo, esta vez muy largo, el cual responde como un eco, al otro lado de los cerros, desde las demás eras. Es la hora del almuerzo.

Y cuando el crepúsculo, abre junto al horizonte su flor romántica, los miembros de la familia de Juan Inquilino vienen a tri-

llar su triguito, sembrado en el cerro. Son unas carretitas endebles, torcidas, cargadas de gavillas apretadas (espigas cortadas y amarradas a mano) que se detienen como avergonzadas junto a los grandes carros de la hacienda. De una pasada, la máquina se traga aquella cosecha. Los hombres sacuden cuidadosamente los arneros y recogen los granos revueltos con tierra. En seguida el mayordomo cobra la maquila y las "ditas". Juan Inquilino ha trillado siete sacos. El mayordomo dice implacable:

—Vos tenís una dita de cuatro sacos con la hacienda. La maquila son tres almudes.

Juan Inquilino, enarca el torso inclinándose con gesto resignado. Bornea en seguida sus dos sacos restantes sobre la carretita. Los demás hombres hablan a media voz sumidos en la parva. Cantan los pájaros entre el monte cercano. Todo se llena de paz y dulcedumbre. El mozo llega del pueblo y entrega una carta al administrador. Es del patrón que le escribe desde Viña del Mar.

"Preocupado con los negocios y el verano de la familia —le dice— no he podido llegar hasta allá, pero lo haré muy luego. ¿Cómo andan los rendimientos? No te olvides de cobrarle a Juan, mira que ese es muy pillastrón. Yo tengo que quedarme unos días más, pero estoy tranquilo, porque sé que tú estás preocupado de todo"...

Satisfecho y grave, el administrador guarda la carta. Melania, que es una intrusa, grita: ¿Cómo está el patrón? Desde lo alto del camino, llegan los chirridos de la carreta de Juan, que rueda en la sombra, hacia el rancho...

Es el mes de marzo y luego se acabará el verano.

POR ESOS DIAS LLEGO A CHILE...

(De *Gente de mi tiempo*)

Por esos días llegó a Chile el escritor boliviano Luis Toro Rammallo. Era entonces un hombre fuerte, de anchas espaldas y de mi-

rar decidido. Lo conocí una noche en que se dió una comida para despedir a un compatriota suyo, Augusto Céspedes, autor de *Sangre de mestizos*, hermoso libro de cuentos que tenían como motivo central la guerra del Chaco, en la cual Céspedes había actuado no sé si como periodista o soldado. Es, seguramente, el mejor libro que se ha escrito sobre esa sangrienta contienda, en la cual, como en todas las guerras, se derramó inútilmente la sangre de los pueblos hermanos.

En esa comida estaba también otro escritor boliviano de apellido Cerruto. Parece que una vieja enemistad los había distanciado con Toro. Y esto a tal extremo, que esa noche, Toro, que era amatonado y jactancioso, más en la apariencia que en la realidad, se trabó en una violenta discusión con Cerruto, la que llegó a vías de hecho, pues Toro le lanzó una bofetada a Cerruto y éste no fué capaz de repeler la agresión, pues era un hombre delgado y débil, lo menos apropiado para darse de puñetes con nadie.

Se me hizo antipático Toro con esa actitud. No me imaginé que llegaría a ser amigo suyo. Y, sin embargo, mientras vivió en Chile, tuvimos una larga amistad que se debió, en gran parte a Mariano Latorre, quien lo tomó como compañero inseparable. Toro publicó en Chile su novela *Chaco*, cuyo escenario eran los llanos inhóspitos del Chaco, en donde se desarrolló la contienda. La portada de este libro la hizo el dibujante Ramón Valenzuela, de quien he de hablar más de alguna vez a lo largo de estas páginas.

Luis Toro aseguraba que había tomado parte directa en la guerra, en calidad de sargento. Era de gran vivacidad para conversar y muy gracioso y elocuente para poner apodos y hacer chistes a costa de los demás. Contaba innumerables episodios de la guerra, en los que casi siempre había tomado parte muy importante. Sin embargo, el general David Toro, primo suyo y ex Presidente de Bolivia, quién después de ser derribado por Busch vino a vivir a Chile, nos decía riendo:

—Pero si Lucho no ha estado jamás en la guerra. Todo eso

que refiere en su libro lo ha oído conversar en Villa Montes, en donde estuvo ocupado en una de las oficinas del ejército...

Fuese verdad o invención, lo cierto es que los relatos de la novela de Toro tenían un acento de veracidad tal, que daban una sensación muy directa y patética de los incidentes y entreveros que se desarrollaron en esa guerra de escaramuzas y de asaltos sorpresivos. Por lo general los soldados languidecían en los "pahuichis" esperando las embestidas de los paraguayos, que de pronto aparecían por una "picada", como llamaban las sendas que abrían entre las greñas de los montes de esa hostil y desolada región.

Augusto Guzmán, en su novela *Prisioneros de guerra*, nos cuenta también escenas muy impresionantes de la campaña del Chaco, pues a él le tocó caer prisionero del enemigo y sufrir las duras contingencias de los odios artificiales que hace estallar una condienda, entre gentes que antes no se conocían y que ni siquiera tienen por qué mirarse con mala voluntad.

Pero la persona de Toro tenía un atractivo singular. Muy seguido, más de lo conveniente, se le veía con sus traguitos en la cabeza. En esos momentos era cuando se ponía más jactancioso que nunca. Renegaba de su raza española y aseguraba que él era indio puro. En ese estado de excitación, cuando aún no llegaba la embriaguez a dominarlo, afluía en él una admirable condición de narrador verbal. Contaba episodios de la guerra y luego las leyendas de los Incas, a las cuales sabía insuflarles gran colorido y notable acento.

¶Era además muy aficionado a declamar a media voz poesías que aseguraba eran originales, pero nos dimos cuenta que más de alguna pertenecían a otros poetas, como Reynolds, por ejemplo. Lo hacía con su ánimo de alardear de todo. Era un niño mal criado en ese sentido. Pero en realidad poseía un talento extraordinario y creo sin exageración que se le puede considerar como uno de los grandes novelistas contemporáneos de Bolivia. Aquí, en Chile, Toro publicó además de su novela *Chaco*, otra titulada *Cutimuncu*,

palabra que en la lengua quichua significa: "han vuelto". Siguiendo el ejemplo de Remarque, el novelista alemán, famoso autor de *Sin novedad en el frente*, que después publicó su libro *De Regreso*, Toro en su libro *Cutimuncu* novelaba la vida de los pueblos de Bolivia, mientras en el país la mayoría de los hombres jóvenes estaban en el frente. Y luego lo que encontraron al regresar. En muchas ocasiones se producían intensas tragedias pasionales, pues las mujeres durante la ausencia se habían enredado en otros amores. O bien creían que el marido o el novio había muerto en algunas de las batallas.

Toro era un observador certero de la realidad. Su inseparable amigo Latorre le decía, en son de broma, que tenía un espíritu tan andariego que no podía salir de las calles que rodeaban la Plaza de Armas de Santiago. Porque era infaltable en el restaurante La Trinchera, en La Bomba, en La Bolsa o en alguno de esos bares-restaurantes que se hallan instalados en la vieja Casa Colorada, que en años de la Colonia fuera la suntuosa mansión del Conde de la Conquista. Almorzaba todos los días con Mariano Lataorre en cualesquiera de esos sitios y luego se iban a tomar café a la esquina de la plaza, en los bajos del café de La Puñalada, en donde se encontraba a diario el simpático escritor argentino Alberto Ghirardo, con su peña de periodistas y de amigos españoles refugiados. En seguida iban a La Bomba a tomar aguardiente con apio, al cual el novelista criollo ha sido toda su vida muy aficionado. Regresaban a sentarse en la plaza por una media hora, pues Mariano siempre tiene que corregir cuadernos o escribir páginas de una novela, que uno jamás sabe si la tiene en proyecto o si en realidad la está escribiendo. Durante el rato que permanecían allí no cesaban de lanzarse pullas y chirigotas. Se inventaban recíprocamente toda suerte de anécdotas. Mariano decía que Toro, cuando estaba con muchos traguitos en la cabeza, iba a conversar con la ceiba que hay en la plaza. Y que entonces Toro lloraba allí y le dirigía sus más tiernas frases al árbol:

—Tú, pues caray, estás aquí también desterrada como yo. Y estarás queriendo irte a tu tierra. A la tierra noble y grande del Collasuyo, allá donde refulge el Illimani, donde los hombres son fuertes y valientes, y no como estos bandidos rotos chilenos que nos quitaron a la mala el litoral. Tú no me contestas, pobrecita ceiba, no me contestas porque no sabes hablar la lengua de los hombres, pero si pudieras decirlo me encontrarías toda la razón. Yo te habré de escribir un poema en el cual esté toda la nostalgia de tu grandeza. Ahora me he de ir a tomar otro chop a tu salud, pues caray, antes de acostarme.

Toro entonces se ponía de pie y comenzaba a imitarle la manera de hablar. Era bastante gracioso y pestañaba como Latorre, golpeando con el dedo índice uno de esos horribles cigarrillos toscanos que compraba en ochenta centavos en la esquina del Portal. Latorre tenía la manía, o la mala costumbre diremos de meter la frase “por ejemplo”, cada dos segundos.

—Porque, “por ejemplo” —le imitaba Toro—, tú comprenderás que soy el verdadero novelista criollo de esta tierra. ¿Dime tú, “por ejemplo”, crees que el Gordo Durand será capaz de escribir alguna vez un cuento magistral como “La vieja del Peralillo”? Ahora, dime tú, ¿acaso Durand puede darle al paisaje la entonación épica, “por ejemplo”, que yo le doy? “Por ejemplo”...

En chanzas de este tipo se llevaban a diario. Y a veces se les pasaba la mano y se lanzaban andanadas de grueso calibre. En esas ocasiones Latorre, colorado como un tomate, tomaba su cartera y se iba diciendo:

—Contigo no se puede hablar. Estás cada día más idiota.

—Por ejemplo —le replicaba Toro, lanzando el humo delgado del toscano y haciendo un gesto cómico.

A mí, Toro me imitaba la manera de hablar, dándole un tono quejumbroso. Decía que yo estaba siempre diciendo:

—Por la pucha que me duele hartito la cabeza.

O la espalda, o la cintura... exageraba la cosa con majadera

insistencia, y cuando me veía llegar, se acercaba para preguntarme así, con esa voz velada y quejosa:

—Oye, ¿a dónde te anda ahora el dolorcito turístico que te molesta?

Toro andaba toda la vida a tres cuartos y un repique. Como artista verdadero que era, no hay duda de ello, siempre estaba imaginando cosas fantásticas. Que lo nombrarían ministro en tal o cual país. Que uno de sus libros sería editado en España, en Nueva York o en Buenos Aires y recibiría sumas fantásticas de dinero. De sobra lo merecía, pero desgraciadamente todo aquello no llegaba nunca. Cuando su primo don David ocupó la presidencia de Bolivia, lo nombró miembro de la delegación a la Conferencia Panamericana que se celebró en Buenos Aires. De allí se fué a Bolivia, en donde ocupó el puesto de subsecretario del ministerio de economía y comercio, si no me equivoco. El día antes de marcharse le dimos una manifestación en el Centro Catalán. El encargado de organizar esa comida fué Ramón Valenzuela Rodríguez, dibujante, pintor, arquitecto, novelista y *tuti cuanti*. Porque Ramón Valenzuela es el hombre más inquieto que yo he conocido. Siempre pensando en hacer muchas cosas y a la postre no realiza ninguna. Algo de eso también ocurrió esa noche de la comida a Toro. Eran ya cerca de las diez de la noche y no habían llegado más de seis personas. Un fracaso casi grotesco. Entonces Valenzuela, con aire de desesperación, me dice:

—¿Por qué no vas a mirar a la esquina de Huérfanos a ver si pasa algún amigo y lo convidas? Es una plancha tremenda ésta. Yo voy a alcanzar hasta Estado a ver si me topo con “algo otros” amigos.

Ese “algo otros” era muy característico en la manera de hablar de Valenzuela, maulino como Latorre y como Jorge González Bastías.

ERA UNA MAÑANA RADIOSA...

(De *Frontera*)

Era una mañana radiosa. Ya el sol se había alzado por encima de los altos robles y penetraba el follaje rumoroso, como un gigantesco y flexible abanico de oro. De todos los rincones de la selva surgía una fresca fragancia a maderas, a follaje tronchado por los machetes, a resinas del monte. Enormes quilantares, entre cuya ramazón se enredaban las flores de copihue y asomaban los ganchos de los avellanos frutecidos, obligaban a los jinetes a doblarse sobre el cuello de sus cabalgaduras para poder avanzar. A cada rato, los chucaos y las perdices, lanzaban su grito sorprendido, al oír el ladrar jubiloso de los perros que con los ojos brillantes de excitación y la lengua colgante, se internaban entre el apretado laberinto vegetal. Esteros de aguas desmelenadas, veloces y transparentes bajo el follaje, dejaban ver su lecho de arenas de oro. A sus orillas crecían enormes helechos, cuyas finas varillas y hojas se destrenzaban, como una caricia, entre las patas de las bestias. Imponentes barbas de roble colgaban de los brazos más altos, y los boquís, a ratos, eran como el complicado cordaje de un velero. En los descampados, simulando un relámpago pardo claro, o gris, pasaban delante de los jinetes, seguidos por la vertiginosa carrera de los perros: Venados, conejos, chingues y zorros. Algunos coihues cubiertos de torcazas, semejaban árboles exóticos cargados de frutas grises, con pinceladas rojas. Desde los boldos se desprendían, imitando a un verde y rumoroso aletazo del viento, el alboroto de cachañas y choroyes. La selva, virgen intocada, entre cuyo misterio solía oírse a ratos el gemido de una trutruca indígena, era una masa compacta, rumorosa, viva, perfumada y elástica, llena de maravillosas orquestaciones, en que tomaban parte el viento, las aguas bulliciosas y los pájaros felices. A ratos, el aire se convertía

en un temblor de oro. Millones de chiriguas y jilgueros se encumbraban desde los altozanos, al oír el relincho de las bestias briosas y el ruido de las conversaciones y risas de los jinetes. Bajando hondonadas cubiertas de quilantos, de helechos y renovales, se subía después a la cima de los cerros. Era un océano vegetal, en que el verde tenía los más inesperados y sorprendentes matices.

Desde el fondo de algunas quebradas llegaba hasta el camino, el golpe seco de algunos hacheros que labraban maderas. Y un poco más adelante comenzó a percibirse el bramar de los vacunos, y el alarido gutural de los campañistos en su apremio de sacar los últimos novillos desde la entraña de la selva. ¡En un claro casi perdido entre el pastizal, encontraron un piño de vacas con sus crías. Overas, rojas, pardas, salpicadas de blanco y negro, claveles o color frutilla. Otras llevando un jirón de humo y de nieve pintado en la piel. Recelosas y avispadas, se internaron en el monte, quebrando ramas y dejando atrás a sus crías. Animales lucios, de piel brillante y asombrosa energía, intentaban algunos embestir a los jinetes, con ojos de furia y espanto. Un toro colorado, escarbaba furioso bajo un boldo, estremeciendo el ámbito con su ronco bramido.

Abajo, veíanse doradas planicies en donde ondulaban las sementeras. A la distancia, rojos potreros de barbechos. Azuleaban los árboles en la vibrante luz de la mañana. Los jinetes dejaron atrás unas trancas de palos botados, para descender casi en seguida, al fondo de una quebrada. Un estero claro, bordeado de chilcos, de arrayanes y michayes, corría monte adentro. Ahora, se percibía claramente un horrísono concierto de bramidos. Las voces de los vaqueros se perdían entre aquel océano de bestias inquietas, que ondulaban en la media falda de una suave colina.

Un inmenso corralón de palos botados, en medio del cual había un pequeño bosque de altos hualles, vióse entonces rodeado de un imponente tumulto de animales. Algunos toros, semeando tanques de carne, embestían con súbito impulso, abriéndose paso

entre aquella masa que se apretujaba, y después se extendía sobre la tierra. El suelo, como animado, daba la sensación de un rugiente colorido oleaje.

Crujían los tranqueros con las fieras pechadas de los vacunos, de cuyo belfo colgaban brillantes hilos de baba. Un excitante y denso olor de bestias sudorosas flotaba en el aire tibio de la mañana. Restallaban los látigos de los vaqueros, entre el ululante latir de los perros excitados que tarasconeaban a los novillos. Estos les arremetían y perseguían baja la cabeza y la cola en alto, llenándose las corvas de bota verde. Los más grandes se encaramaban sobre los de adelante, evocando la caricatura absurda y grotesca de un orador que dirigiera la palabra a aquel atronante auditorio.

Los vaqueros ya se habían desabotonado sus lustrosos lazos trenzados, preparándose para la dura faena. Algunos, desmontados, aseguraban con un último apretón las correas de las barrigueras, a fin de que no fuera a fallar el tirón al pegual cuando algún novillo montañero se disparase a la sin rumbo, al sentir que la armada del lazo se escurría alrededor de su cuello.

Las señoras se refugiaron bajo la fresca sombra de una ramada, donde Antuca disponía los menesteres del almuerzo. Carmela Calfil la ayudaba vigilando el fuego, y aventando el soplillo para el caldo, en un llepo hecho de fibras de colihue.

Casi inmediatamente de llegar Anselmo y sus visitas, los vaqueros comenzaron a apartar los primeros novillos que echarían al corral, para comenzar la capa. Como si las bestias presintieran la suerte que les esperaba, el rebaño comenzó a agitarse, iniciando los animales que estaban más distantes un concierto de mugidos ensordecedores. Los peones entre los cuales contábase El Verde (que ese día se había sacado la manta) lucían el torso desnudo, brillante de sudor. Jenaro Montoya y Clodomiro concluían de afilar sus cuchillos en una piedra de lajuela. Anselmo, arremangado hasta más arriba del codo, conversaba con Dumont y Fidel Pontigo, también apercebidos para iniciar la capa.

—¡Huacho, huacho, huacho! ¡Ah huacho de los diablos! —gritaban con estentórea voz los vaqueros tratando de hacer derivar la poderosa avalancha animal, que se cargaba en los tranqueros. Miraban las bestias con insistente fijeza, como si estuvieran muy interesadas en presenciar las operaciones de cortarles las “cuncas” a los novillos que entraran al corralón primero que ellos.

Con un ¡ris-ras! que rasgaba el aire, flameaban los lazos. El novillo aprisionado era instantáneamente atrincado a un palenque, y mientras un peón lo tomaba de la cola, otro lo cogía de los pequeños cuernos que apenas le asomaban entre la revuelta pelambre. Los borneaban trabándole, con sorprendente rapidez, una pata con la mano contraria, apenas daban con el animal en tierra. E inmediatamente cogían apartándola hacia un lado la sedosa y tibia bolsa que contenía los órganos genitales. Con pasmosa rapidez Anselmo, que fué el primero en capar un novillo, tomó el extremo del escroto y lo seccionó con un tajo transversal.

Asomaron inmediatamente las cuncas, que fueron “desbinzadas” con igual presteza. El novillo no chistó. Pero cuando un peón le allegó la marca de fuego, cargándola sobre el anca, junto con el olor a pelos quemados y a carne asada, se le escapó a la joven bestia un ronco y tembloroso bramido.

Soltáronle los lazos, y el animal, como asombrado de verse libre, después de pararse se quedó un instante inmóvil. Largos hilos de baba le colgaban de las fauces y los goterones de sangre se le mezclaban con la boñiga que evacuaba lentamente.

—¡Pucha ho! ¡te quedaste dormido! —le gritó el “Cara e’ Mama”, azotándole el anca con el lazo. Entonces el novillo huyó disparado, entre dos jinetes que lo paletearon hasta la puerta.

La faena cobraba extraordinaria animación. Dumont, el Comandante Ruiz Díaz, Fidel y Anselmo, junto con Jenaro Montoya, desbinzaban en un periquete las cuncas de los novillos. A todos se les aplicaba simultáneamente la marca de fuego, echándoles en seguida a uno de los potreros próximos. El viejo Erices, con dos

peones estaban encargados de vigilar que los novillos no se metieran en los aguazales para evitar así que se hincharan, o se produjera una infección. Con estas precauciones la herida cicatrizaría rápidamente.

Las cuncas se iban amontonando en grandes fuentes, que eran llevadas a la cocina, en donde Antuca tenía ya listos los ingredientes necesarios para preparar un caldo de cuncas, en una enorme olleta de tres patas que hervía junto a los tizones. Las señoras se entretenían comentando las últimas noticias de Angol, en donde hacían una intensa vida social las familias de los oficiales de la guarnición. Terencia Tagle celebraba con alegres carcajadas las graciosas y picantes observaciones de doña Adolfinia, que en todo ponía su intención maliciosa. Isabel, en compañía de Lucinda, de las señoras de Ruiz Díaz y de Contreras, ayudaban a sacarle las hilachas a los porotos nuevos para hacer las ensaladas.

—¿Y las niñas Schindler, siempre siguen tan amables con sus amigos oficiales? —preguntaba doña Adolfinia—. ¡Qué lindas muchachas son! Pero en realidad es una lástima que no tengan un poco más de moderación. Acá en Traiguén, se habla mucho de ellas. Dicen que una noche fueron a bailar donde la Cata Morales y volvieron a su casa al amanecer. A mí me cuesta creer que puedan llegar a esos extremos. Aunque si hemos de darle fe a la señora del teniente Aguayo, esas muchachas son nada más que unas p...

Doña Adolfinia no pronunciaba la palabra entera, pero al detenerse en la p... sus ojos y el diente de oro, así como el lunar que tenía sobre el labio, se reunían para darle a su rostro la más cómica expresión. Isabel, encendida hasta el cabello, se reía también de buenas gana, no sin hacerles algún reparo.

—¡Pero por Dios, doña Adolfinia! ¡Qué cosas dice usted! Yo no puedo creer en eso que hablan de las chiquillas Schindler. Son alegres, es cierto, pero eso no es ninguna maldad.

—Claro que no es maldad, pues, hijita, pero yo voy a lo que dice la Celmira Aguayo, que pasó meses sin que su marido le hiciera

el menor amago. No le quedaba tiempo ni valor al pobrecito. Las chiquillas ésas han de necesitar mucha atención. Serán muy exigentes.

—¡Qué horror! —exclamaba la rolliza señora de Ruiz Díaz—. Yo no puedo convenir en eso. Una tiene su marido y no es justo que él se vaya a entretener por otros lados. ¡Por qué, pues, cuando una también le puede dar lo mismo! La Celmira Aguayo tiene toda la razón.

—Jesús, qué cosas se dicen aquí! —murmuró reposadamente la señora Guillermina de Contreras, frunciendo el entrecejo—. Pero ya que estamos de pelambre, yo creo que no es como para que la Celmira forme tanta alharaca. Habría que preguntarle que dicen de ella las señoras de Juan Guido y del mayor Andueza.

—¡Qué barbaridad! —rió Terencia, con su risa clara y cálida—. Entonces la Celmira es muy injusta. ¡Cómo quiere también, pues! Aguayo de alguna manera se ha de desquitar. Después que casi lo matan los indios el otro día en el asalto al fuerte Quillén.

—¿Ah, sí? —saltó ávidamente doña Adolfina—. ¡Pobre Aguayo, que lástima, que no lo hayan muerto! Se lo habríamos agradecido mucho a los indios de Cadyupi. Hay gente que tiene buche en lugar de estómago. Creo que ni yo misma con los sesenta años que llevo auestas, me sentiría halagada si me viniera a hacer el amor.

La india Carmela Calfil, trajo a la mesa en ese momento, un llepo colmado de harina de hanchi, que esparcía una húmeda fragancia. Y, luego un cántaro de greda, rebosante de agua cristalina. La señora de Ruiz Díaz fué la primera en coger un vaso, para servirse aquel rústico y apetitoso manjar.

—Sírvanse, sírvanse, hijitas. Está especial.

Decía la palabra "especial" con cierto tono al cual ella creía conferirle suprema distinción.

El "Cara e Mama" se asomó a la ramada trayendo otra fuente de "cuncas". En el "poyo" improvisado en el corralón, para ca-

lentar las marcas de hierro, uno de los peones, en un delgado asador, ya había asado unas cuantas docenas de cuncas, que eran devoradas golosamente por toda la gente que trabajaba en la capa. Antuca había picado un cerro de cebollas, mezclado con ají, para preparar las empanadas, que se freirían en una enorme paila, cuya manteca ya estaba derritiéndose.

Afuera de la tupida ramada donde conversaban las señoras, ardía ahora el sol. Debían ser las diez de la mañana. Anselmo ordenó a los vaqueros que comenzaran a arrear una nueva punta de novillos, que esperaba en otro de los apiñaderos próximos. Los animales, cada vez más excitados por el olor de la sangre y del penetrante hedor del pelo quemado con la marca de fuego, se estrechaban más y más. A veces caía un novillo, y por encima del animal, que se debatía en el suelo, comenzaban a pasar los demás, cayendo y levantándose en un atronador oleaje de carne bramadora. Era necesario que los vaqueros se metieran en medio de aquella masa elástica, cuyo contacto quemaba por los efectos del sol y de sus propias calorías, para abrirle espacio al novillo abrumado bajo el pataleante tumulto, antes de que lo mataran. Los perros, diestramente resguardándose tras de los caballos, tarasconeaban a los fieros caitas, que lanzaban por las fauces en chorros ardientes, su poderosa respiración. La picana y el látigo herían despiadados las ancas y los ijares, sin conseguir que retrocedieran. Era un espectáculo realmente asustador contemplar a la novillada furiosa revolviéndose torpemente, en apretujado remolino. Daban la impresión de estar sus encuentros unidos por invisibles eslabones que se apretaban más y más.

Anselmo y sus acompañantes se habían encaramado sobre los tranqueros para ponerse a cubierto de que el ganado, en una atropellada, pasara a llevarse el cerco y se desbordara sobre el corralón, como una irresistible marea. Y fué, en efecto, lo que de súbito ocurrió. El piño, enardecido por el griterío de los peones y vaqueros, avanzó como un tumultuoso torrente del cual se desprendía una

ardiente vaharada de sudor. Bramaban los toros, encaramándose sobre los novillos que iban delante. La masa de vacunos serpenteaba estrechándose junto a los estacones, y de súbito, excitada por dos novillos que se dispararon persiguiendo a los perros que les hostigaban, el grueso del piño se disparó, echando abajo un extremo del cerco. Entonces los jinetes fueron impotentes para contener a los animales, que se desbordaron con ciego ímpetu hacia el corral. Jenaro Montoya, El Verde y el indio Huento Millaqueo, se vieron a merced de aquel temporal de bestias enardecidas. Las cabalgaduras inmóviles sin poder maniobrar, oscilaban a ratos peligrosamente. Luchaban con los caitas enfurecidos, algunos de los cuales dando saltos de increíble agilidad para sus corpachones, salvaban los tranqueros huyendo a reunirse con la novillada que ya había sido sometida a la operación.

Entonces, Anselmo, de un brinco, subió a su caballo, ordenando a Clodomiro y a Segundo Erices, que lo acompañaran en su intento de cortar aquel torrente que amenazaba romper todas las vallas que se le oponían. Diestro jinete soslayó la avalancha que en un momento doblegó a su generosa bestia. El animal cabeceaba, inundado súbitamente de sudor, con los remos tensos. Clodomiro, armado de una garrocha, daba garrote y más garrote en los hocicos bramadores. Segundo Erices lo secundaba, lanzando una especie de alarido gutural. El caballo de Clodomiro, de pronto, alzó las manos, quedando a merced de la novillada. Ruiz Díaz y don Manuel Contreras habían logrado subir a caballo y llegaron a ayudarlo en el momento en que Anselmo retrocedía, envuelto en el aluvión de animales, mientras Clodomiro, casi de pie sobre los estribos, estaba a punto de ser derribado. Pero en ese momento Jenaro y El Verde lograron puntear el piño viniendo en su ayuda. Junto con los oficiales detuvieron entonces la avalancha en un impresionante y denodado esfuerzo. Quedó el ganado dividido en dos piños entre los tranqueros y los jinetes, girando en una especie de

torbellino de bramidos, entre los cuales se oían las maldiciones de Clodomiro que por fin logró recuperar su posición normal.

Con el pigüelo de ambas espuelas roto, en aquella feroz apretazón, salió Anselmo del trance. El cuerno agudo de un toruno le desgarró la bota de montar al introducirse entre la abotonadura, dejándolo sin otro reparo en la pierna que su pantalón. El ganado, vigorosamente empujado por los jinetes, fué entonces, derivando hacia el potrero, hostigado por los perros, muchos de los cuales salieron en tres patas, o chorreando sangre de las costillas, por efecto de una sorpresiva cornada que casi terminó con ellos.

Anselmo estaba rojo por el terrible esfuerzo. El pelo le destilaba como si hubiera metido la cabeza en el agua. Siempre que lo dominaba la ira, quedábase mudo por largo rato, hasta que por cualquiera incidencia estallaba insultando a quien se le ponía por delante. En esa oportunidad le tocó el chaparrón al viejo Erices, por no haber tomado las precauciones necesarias en la aparta y reunir demasiados animales en el potrero vecino al corral.

—Benaiga su vida, patrón, por la madre. Su mercé lo insulta a uno como chiquillo mediano. Si no juera que ya estoy viejo, pa salir por ey a trajinar como perro indio, por Diosito que me mandaba a cambiar altiro.

—Andate al diablo, viejo tonto, antes de que te agarre y te corte aquí mismo las cuncas, por lleulle. Otra cosa no mereces.

Clodomiro conocía bien las reacciones de Anselmo. Mientras enrollaba su lazo, oía el cambio de palabras. Riendo, intervino con una de sus habituales chuscadas.

—Y di hay, ¿qué hace que no aprovecha, don Erices? Los cuchillos tan como pa cortar un pelo en el adre. Ni sentiría, cuando le cortemos las cuncas. Y lo dejaremos bien “desbinzaíto”.

Estallaron los oyentes en una carcajada. Quien celebró más la broma, fué su hijo el “Cara e Mama”. Rubricó la proposición, diciendo:

—Contimás que ya no le van haciendo falta.

Anselmo, después de empinarse un gran vaso de aloja de culén preparada en un tiesto de greda, guardado entre las matas al reparo de la sombra de los hualles, dió las órdenes del caso, para distribuir los animales que serían operados al día siguiente. La faena debía hacerse "con la fresca" para que resultara mejor. Mientras tanto, los hombres habían vuelto a recomenzar la capa del ganado, que esperaba en el apiñadero vecino al corral. En ese momento se produjo una escena que hizo olvidar las molestias ocurridas momentos antes.

Se disponía El Verde a capar un hermoso novillo clavel, cuando el animal, sorpresivamente, se revolvió furioso logrando desatar sus amarras. Se levantó, llevándose por delante a El Verde, al cual envolvió en los lazos, arrastrándolo gran trecho por en medio del corral, hasta que fueron a favorecerlo. Lacearon de nuevo al caita y ya El Verde se disponía de nuevo a cortarle la sedosa bolsa, cuando el montaraz vacuno dió otro terrible sacudón que hizo dar al hombre un tremendo salto, temeroso de que le ocurriera el mismo percance. Enredándose en las espuelas trastabilló hasta ir a caer encima de Jenaro, que, cerca de él, en cuclillas, operaba a otro novillo. Rodaron los dos por el suelo entre risas e interjecciones. El viejo Erices, que se había quedado refunfuñando por allí cerca, gruñó:

—¡Me! Qué le está dando el baile del San Vito, on Balta. Afírmese bien, eñor, mire que el patrón tá con las quiskas muy paradas. Se puede molestar.

Oíanse los gritos de los vaqueros vigilando a los novillos recién castrados, a fin de impedirles que bajaran a las quebradas para meterse en el estero, o que se echaran, lo cual les provocaba hemorragias, según los entendidos. Hacía un intenso calor y El Verde, que tenía metida en la faja una botella de jamaica, echaba a hurtadillas un trago para pasar "la calor". Anselmo fatigado se había sentado a la sombra de los hualles, en donde se puso a con-

versar con Mr. Scott y con el doctor Dumont, quienes elogiaban entusiastamente la calidad del ganado.

—Va a tener una linda novillada, don Anselmo. ¿Cuánto está valiendo ahora un buey en la feria?

—Es muy variable el precio en la feria —contestó éste—. El ganado hay que venderlo a los comerciantes que vienen del norte, o a los compradores del Estado. Todas las ferias tienen trato con los cuatreros, y así un buey de matanza puede venderse a veinticinco pesos o en doce.

El precio varía en forma disparatada. Pero a los ladrones no hay quien les ponga atajo. De aquí de Ñielol, es donde salen los piños más grandes. Arrean con toda tranquilidad, como si fueran ellos los que se mortifican en la crianza. Y vaya usted a meterse con esos facinerosos. Tendría que tener un regimiento en pie de guerra para combatirlos. Es la broma que tienen estas tierras. ¡Todo no ha de ser chancaca!

“EL TRIUNFO DEL CENIZO”

(A don Enrique Molina)

I

Una nube que pasó muy baja veló la claridad brillante de aquella media tarde de octubre. El viento agitó su sombra que tiritó por encima de las matas de la huerta que rodeaba al pequeño galpón donde estaba la rueda, y quedó como una temblorosa isla de tristeza, en medio del paisaje luminoso. Desde sus jabas, y como obedeciendo a una voz de mando, los gallos lanzaron un graznido plañidero que se alargó un instante, hasta que de súbito lo cortó en seco el agudo clarinazo de otro gallo, cuyo canto se alzó recio y breve, como un toque de atención.

La nube se alejó empujada por el viento de travesía y entonces la luz del sol inundó de nuevo el galpón, bajo cuyo alero se alineaban las jaulas en donde ahora los pollos de plumaje acerado y reluciente cacareaban jactanciosos y desafiantes. A ratos asomaban sus pequeñas cabezas por entre los barrotes de las jaulas, estrellando en ellos sus cuerpos finos y musculosos, agitados por el ansia de pelear. Aplacaban después su apremiante inquietud escarbando en el piso de las jaulas y lanzando sus cantos agudos y breves que resonaban como gritos de guerra.

Entretanto, iban llegando al local de la rueda los aficionados. Casi todos pasaban de largo, saludando al portero con una sonrisa o con alguna chirigota. Eran éstos los conocidos, los viejos entusiastas y fanáticos de las "picas", aquéllos que sabían por libro todas las incidencias y alternativas que podían ocurrir durante una pelea. Sólo de vez en cuando aparecía un visitante que demostraba cierta indecisión al entrar. Inmediatamente era detenido por el portero, quien, sólo después de un detenido interrogatorio y de consultar al dueño de la casa, le dejaba libre el paso. Adentro, alrededor del pequeño redondel enarenado y mullido cuidadosamente, estaban los "virtuosos" de la gallería. Era un lunes, día en que concurrían los jinetes y preparadores de los hipódromos. En este día se jugaba grueso, dejándose para esas ocasiones los mejores gallos, y más de un "pollón" que algún experimentado en todos los secretos del reñidero traía de "tapadita", y resultaba al final un viejo y afamado peleador.

El juez de la rueda ya se hallaba instalado en su garita. Había tomado la campanilla para dar comienzo al espectáculo, cuando apareció Vicho Soto trayendo un gallo bajo el brazo. Los que estaban instalados al borde del redondel lo saludaron con bromas afectuosas y picantes:

—¡Qué hay, Vicho, de dónde vienes saliendo! ¡Cómo decían que te habías muerto!

—¿Es de la última "saca" el pollo ése que traes?

Vicente Soto sonreía con aire esquivo, sin responder a las bromas que sus conocidos le dirigían. Era un hombre flaco y pálido, de mediana estatura. Sus ojos de mirada penetrante y desconfiada iban y venían de un lado a otro, como si estuvieran sacando mentalmente alguna cuenta que no lograba poner en claro. De rato en rato, su mano nerviosa acariciaba suavemente la pechuga del gallo que se mantenía inmóvil y como adormecido bajo su brazo. Un hombretón moreno, con aspecto de matarife, le gritó desde un rincón:

—¿Tuavía no pía el pollito ése, Vicho?

Estalló una carcajada, que interrumpió un chusco, con acento de compasiva sorna:

—Déjenlo. Pa qué lo avergüenzan. ¡Si se lo acaba de robar a la gallina!

Tenía fama Vicho para dar “golpes”. Era uno de los más asiduos concurrentes al reñidero, aunque a veces se perdía por algún tiempo, para reaparecer después trayendo algún pollón que aún no se había estrenado en la arena trágica de la rueda. Lo decía con aire de inocencia, bajo la cual ocultaba su macuquería de experto en el oficio. Aseguraba con gran seriedad antes de lanzarlo al redondel:

—Casi no me atrevo a pelearlo al pollón. No tiene ni los cachos duros todavía. ¡Si no sabe ni largar las patas! . . .

Casi siempre daba una sorpresa, pues el pollito resultaba un terrible peleador. Vicho era carretelero de oficio, pero su verdadera devoción y obligación la constituían los gallos, de los cuales nunca le faltaba una historia que contar, cuando se ponía a conversar frente a una botella de tinto. En esas ocasiones, los tragos le hacían franquearse, y su vanidad no cedía un punto en cuanto se refería a las proezas de algún gallo famoso. Su rostro se iluminaba, dando la sensación de que era otro hombre que venía a remplazarlo en su manera de ser habitual. El entusiasmo destellaba en sus pupilas, y sus palabras alquiritaban acentos de pasión:

—¡El Quitasol! ¡Ah! Ese era un bandido, un asesino. Pero apuesto a que usted no sabe quién fué el que lo crió... Fui yo, mi amigo, se lo digo pa que lo sepa. En mi poder ganó más de diez peleas de una hebra, y algunas sin que le volaran una pluma. Tenía que ser un don gallo el que le pusieran al frente para que le barajara los primeros chinchorrazos. Y con una puntería, ¡válgame Dios! No erraba tiro. El Quitasol fué el que le dió el bajo al famoso "Vaporcito", de don Hilarión Rosales. Lo dejó tuerto de la primera embestida, y en la segunda lo hizo bailar el baile de la muerte, de una puñalada en el nervio. Y sépalo, mi amigo, que al "Vaporcito" sólo le hacían pareja nada más que por verlo cómo se causiaba un gallo en la primera largá de patas. Era un cuchillero tremendo...

Empero, aquella tarde Vicho Soto estaba más huraño y reconcentrado que de costumbre. Algúien le observó:

—¿Qué te pasa, Vicho? Ni que vinieras de un entierro...

(El hombre movió la cabeza con hosca taciturnidad. Y sólo después de un rato, replicó, rascándose la cabeza:

—Andamos mal. Tengo a la chiquilla enferma.

—¡Hombre! ¿Y qué tiene?

Su voz fué breve y helada al contestar:

—Pulmonía.

En ese momento habían lanzado una pareja de gallos al redondel, y el otro le contestó ya sin interés:

—Malo. Llama a un doctor, Vicho.

Toda la atención de la concurrencia se había concentrado ahora en los gallos, que por un instante se observaron con iracunda arrogancia: la pechuga recogida y las plumas del cuello esponjadas en un iris crispado de colores. Y luego, casi instantáneamente, la embestida impetuosa, como un relámpago de luces que trazó un círculo en el aire, sin que los animales se encontraran. Otra vez, un breve centelleo de miradas, y como resortes que se sueltan se acometieron de nuevo, con el pico y las patas hacia adelante, en

una especie de gancho vibrante, disparado con certera velocidad. Dos terribles estocadas, simultáneas, dieron en el blanco, por ambas partes, con precisión matemática. Una franja de sol les iluminó en ese momento las plumas de la cola, que relumbraron con un matiz de acero colorido. Entonces uno de los gallos, al recibir el duro castigo, esquivo el combate y comienza a correr alrededor de la pista, perseguido de cerca por su adversario, que enardecido y jactancioso, lo asedia furiosamente.

La concurrencia, regocijada, comienza a lanzar chirigotas de uno a otro lado, alusivas al peleador en fuga, que huye enloquecido, buscando un hueco por salir, hasta que por último vuela hacia afuera de la rueda, en medio de estrepitosos cacareos. El dueño, con la frente contraída, y mordiéndose el labio, se levanta de su asiento, a tiempo que uno le grita:

—¡Qué buena voz tiene su gallo, mire!

El otro se vuelve furioso a contestarle:

—No tan buena como la suya, pues, gracioso.

El de la broma insiste:

—Lo que es bueno, es bueno, nadie lo puede negar.

Traen al prófugo y, por segunda y tercera vez se escapa con gran alboroto. Vicho estira el labio y dice sentencioso a su vecino:

—No quiere decir nada eso. A veces resultan fieras después. Es que no los saben trabajar. El pollo tiene hechura de bueno, le diré —añade en seguida, alzando la voz hacia el dueño que ha vuelto a ocupar su asiento con aire enfurruñado.

Entretanto, en la garita del juez están pesando los gallos que han de pelear en algunos momentos más. Uno de ellos es pintado, alto, enjuto, y el otro un giro de ancho pecho, que se lanza inmediatamente sobre su rival. Este salta hacia arriba, esquivándolo, y le dispara a su vez las dos patas, con tal violencia que una pequeña nube de plumas los envuelve, mientras en la cresta de ambos revienta la sangre encendida. Es un rubí enorme, que tiembla un instante, como un raro adorno sobre sus cabezas, para derra-

marse en seguida, en un surco encarnado, que muy pronto se espesa en sudor sangriento.

El entusiasmo hace presa de los espectadores que se agitan en sus asientos, con estridente vocerío:

—¡Voy al gallo pinto!

—¡Al gallo giro voy!

Es el grito de los entusiastas enardecidos por el espectáculo. Los apostadores, a su vez, vocean:

—¡A cómo topan pa dar!

—¡A cómo topan y a cómo dan!

Una pluma azuleja de la cola del giro relumbra en el listón de sol que cruza la arena. Se observan un instante, inmóviles, las patas en arco, temblando de coraje el cuerpo y el cuello con las plumas erizadas. Es el minuto de belleza y de gracia que tiene la lid. Y casi al instante las dos pequeñas furias se embisten con tal brío y fiereza, que sus estocadas resuenan con golpe seco, haciendo volar las plumas por el redondel, mientras la sangre vierte de las profundas heridas, escurriéndose por entre el plumaje, que se les pega al cuerpo quitándole su gracia movible y colorida. Son entonces dos pequeños enanillos trágicos que se buscan instintivamente, empleando todas las reservas que hay en su prodigiosa vitalidad.

Los galleros, apoyados en la baranda del redondel, no quieren perder detalle. Un viejo de barba amarillenta se vuelve hacia uno de los asistentes, que ha ido a sentarse a su lado, para decirle:

—¿Pita usted? Mire que este asiento lo tengo reservado para uno que no pite, porque soy enfermo del asma.

En ese momento, el hombretón moreno grita desde su rincón:

—¡A setenta topo!

El viejo de las barbas, olvidado de su asma, le replica prontamente:

—¡A ochenta doy, y tabla!

Entonces el hombretón moreno vuelve a insistir con voz estentórea:

—¡Topo a setenta!

—¡Bueno, pues, ñor, no es pa que grite tanto!

Apoyado en la baranda, hay un gordo de ojos capotudos y rostro abotagado. Tiene el dedo índice de su mano, enorme, monstruoso. Se vuelve lentamente como abrumado por la elefantiasis de su dedo para exclamar con voz estropajosa:

—¡Son los gallos los que están peliando, oiga!

—Bueno, pues, mano fina...

Una risotada conmueve el estrecho redondel, donde hay olor a sangre y a tierra húmeda. El aspecto de los gallos es ahora lamentable. Sus plumas están opacas con el polvo de la arena del redondel, que se pega en la sangre que chorrea por todo el cuerpo. El gallo pinto tiene un ojo menos y la garganta rota su adversario. Se ahoga a cada rato, y se oye su doloroso jadeo. Giran, uno alrededor del otro, levantando las alas, para apoyarse como poseídos por una mortal borrachera. El gallo pinto se detiene de pronto. Sus patas comienzan a tiritar, se bambolea tratando de apoyarse en su adversario, que esconde la cabeza bajo el ala de su enemigo. Hasta que se derrumba sin tener fuerzas ni para recoger el cuello. Entonces, el giro atontado, lo mira por el lado del ojo que le queda, con extraña insistencia.

Un resto de asombrosa vitalidad agita aún sus cuerpos, con sacudidas histéricas. Diríase que de un momento a otro también se derrumbará junto a su enemigo. Mas, de pronto, su feroz instinto le induce a emplear sus últimas energías en lo único para lo cual nació y fué criado: pelear. Da un recio picotón en la cabeza que yace inerte sobre la arena. Y luego, otro y otro, hasta conseguir que el gallo pinto recoja el cuello y acomode lentamente su postura. La escena adquiere en estos momentos una monotonía degradante, por su crueldad inaudita.

Pero los espectadores no sienten la menor impaciencia. Sus ner-

vios están acostumbrados a esta pequeña y brutal tragedia. Algunos han pedido una taza de té y otros una botella de cerveza que se sirven sobre la tabla del redondel. Mientras comen y beben, afirman su posición de apostadores, o lanzan alguna cuchufleta al gallo que a su juicio perderá la pelea.

De pronto, los combatientes, hostigados por el vocerío de los hombres, se rehacen. Lanzan ahora sus estacazos sin precisión, dominados por una mortal fatiga. Ya no hay en ellos ni el más leve vestigio de belleza ni de gracia. Tampoco su impetuosa acometividad inicial. Son dos horribles caricaturas que se buscan, penosamente, empujados por un cruel destino. Uno de ellos está ciego y el otro se ahoga con la garganta rota.

El viejo de las barbas se vuelve a su vecino para observarle:

—Hay que ver los diablos duros para darse el bajo. Pero el giro tiene ya la pelea ganada. No hay caso...

Sin embargo, su vieja experiencia de gallero empedernido falla casi en seguida, vergonzosamente, pues el gallo pinto, con esfuerzo que asombra, lanza las dos patas a su enemigo, que esta vez cae fulminado. Da un salto, especie de histérico sacudimiento, y luego otro, para quedar con las patas en alto, en actitud de lanzarse a la pelea.

Se acerca, entonces, el vencedor, y junto a su enemigo muerto, se yergue para lanzar su canto de triunfo. Pero es sólo un ronco grito, que es más bien el ruido del aire que se escapa por las heridas de su garganta rota.

II

—¡Tila, Tila!

El hombre se había acercado al lecho de la enferma, ansiosamente. En su rostro se advertía la cruel angustia que lo dominaba, rayana en desesperación. Un olor a remedios y a transpiración húmeda llenaba la estrecha estancia, en donde se apretujaban las ca-

mas de sus moradores. Vicho Soto, con el gallo debajo del brazo, la llamaba en voz baja y temblona, estrangulada por la tremenda incertidumbre que significaba para él el estado de la enferma, de cuyos labios reseco y heridos por las llagas de la fiebre se escapaba un jadeo tan penoso que era casi un estertor.

—¡Tila, Tilita! ¿Qué tiene mi chiquilla querida? Oyeme, mi negrita, ganamos la pelea. La ganamos fácil, muy fácil. El Cenizo salió una fiera; tu gallo, Tila...

Las sombras habían llenado la estancia y sólo en el vano de la puerta, la oscuridad se desleía en el muriente resplandor del crepúsculo que declinaba rápidamente. El hombre se quedó ensimismado en sus pensamientos torturantes, sin atinar a soltar al Cenizo, cuyo pico recio estaba teñido con la sangre de su reciente lucha. A lo lejos piteó un tren. La lejanía apagó su alarido, saturándolo de tristeza. Bajo una de las camas maulló el gato de la Tila, cuyos ojos brillaron después, un instante, en un rincón.

Vicho Soto se dió cuenta de que había quedado a oscuras. Obsesionado por sus pensamientos, todo el mundo exterior desaparecía en ese momento para él. Volvía de nuevo a la rueda para sentirse presa de una extraña angustia desconocida en él. ¿Haría la pelea del Cenizo? Durante el duro entrenamiento a que lo sometiera, demostró ser un bravo peleador. No quería volver donde la Tila con el Cenizo convertido en harnero, pues ella también se había obsesionado con el triunfo de su pollo, que ayudó a criar y enseñar.

¡Era la regalona de Vicho. Mientras los otros dos, mayores, se ocupaban en la venta de diarios, y vivían fuera de la casa, sin importarles un ardite lo que allí ocurría, Tila estaba con él, y a despecho de su madre, le acompañaba en sus ocupaciones y aficiones. Si Vicho llegaba borracho, era Tila la que iba a dejar al "Mocho" hasta el cobertizo donde alojaba, después de desengancharlo de la carretela y guardar los raídos arneses, que sólo se sujetaban al cue-

llo del caballo a fuerza de remiendos, en los cuales también Tila intervenía, con sus doce años debiluchos y aporreados.

Jamás protestaba si Vicho la despertaba en las primeras horas de la madrugada, para ir a ayudarle a ensayar los gallos que a esa hora estaban livianos y ganosos de pelear. Tila era su hija, y concentraba en su cariño cuanto de bello representaba el hogar, en su mínima atracción. Muchas noches de lluvia llegaba romanceando su borrachera. La chiquilla era quien le sacaba el poncho destilante y le desabotonaba las polainas embarradas. Entretanto, él tartajeaba sus frases de cariño, exagerado por la borrachera:

—Yo no tengo más que un hijo. Es esa chiquilla mía. Mía sólo. ¡Tila! Tú eres sólo hija mía. De mí y de nadie más. ¡Tila! A ver, dime: ¿quién es tu padre?

La chica, feliz, le echaba los brazos al cuello, para contestarle muy cerca del oído:

—Mi taitita.

—A ver, Tila, dime: ¿quién es tu madre?

Entonces la muchachita, muerta de risa, seguía dándole en el gusto:

—Usted también, pues, taitita.

El borracho comenzaba a buscar en sus bolsillos, de donde sacaba tortillas de rescoldo, o un "pequén" todavía tibio. Otras veces una fruta o un cartucho de pastillas. En tanto, mascullaba:

—Pa quién será esta tortilla... Oye, guachita, pa quién serán estos regalos que le trae su padre, ¿ah?

Después se dormía canturreando en voz baja. En todas sus canciones salía el nombre de Tila, mientras ésta, por lo bajo, iba a convidarle a su madre una parte del regalo que Vicho le traía.

Esa tarde, en la rueda, le había puesto unos tragos para darse ánimo y para amansar la pena. Su cachaza habitual y su macuquería desaparecían ante el temor de perder esa pelea, de la que, a su juicio, dependería en gran parte la mejoría de su hija. Tenía la convicción de ello, y de ahí su temor supersticioso de sufrir un

descalabro en el estreno de aquel pollo que enseñó con más preocupación e interés que a ninguno otro.

Le había afilado los cachos cuidadosamente, aceitándole la rabadilla y las patas a fin de que no se pusiera tieso cuando la sangre y el sudor de la batalla lo empapa. Ninguno de los recursos de su arte de viejo gallero escapó a su preocupación. Y, de pronto, como poseído por un deseo apremiante, se resolvió a concertar la riña con el "Tomate", un gallo rojo que ya llevaba cuatro peleas ganadas en muy buena forma.

Experimentó en el primer momento una angustia que le nublabla la vista. El Cenizo entró al combate con fiero empuje. Mas, en la tercera embestida, comenzó a huir al rededor del redondel, tal si estuviese asombrado de que aquel encuentro no fuera como los de prueba a que estaba acostumbrado hasta entonces, en los que su rival tenía las estacas cubiertas para no herirlo.

El Tomate lo persiguió un momento y, en seguida, se puso a cloquear muy ufano, escarbando la arena en medio de la rueda. El Cenizo, a su vez picoteaba despaciosamente el suelo, sin perder de vista su rival. Hasta que, de súbito, se lanzó a la lucha con ágil decisión. Se tiraba siempre muy alto, como si tratara de evitar el castigo.

El "Mano Fina" observó en ese momento:

—Es buen bailarín tu gallo, Vicho.

—Abre poco hueco —observó el viejo de las barbas.

—Ya abrirá —repuso Vicho—. El pollo no sabe pelear todavía.

En el fondo comenzaba Soto a sentir una grata satisfacción. Veía que el Cenizo no olvidaba las tretas que él le enseñó, de no entregarse inmediatamente a una pelea violenta. Su cresta sólo mostraba una pequeña salpicadura de sangre, mientras su rival tenía ya muchas heridas. El sol había invadido la arena y el plumaje de los peleadores refulgía con reflejos metálicos. La barra comenzaba a protestar:

—¡Hace rato que están peleando y no se han untado ni el cacho!

Vicho, en cuyos ojos despuntaba ahora una lucecita maliciosa, contestaba con desgano:

—¡Bah! Entonces quieren que lo mate al tiro, y no los entretenga ná. |

Pero en ese momento el Cenizo, confiado ahora en sus fuerzas, acometió bravamente, lanzando tiros certeros que en dos ocasiones hicieron dar una voltereta al Tomate. El hombretón moreno, que no se movía de su rincón, gritó:

—¡Tiene muchas patas tu gallo, Vicho!

—Tiene dos, no más...

Otro gritó recio:

—¡Voy al gallo colorado!

Retrocedía el Cenizo, lanzando sus patas como resortes, asediado por el otro que no le daba tregua un instante. De súbito, la sorpresa. En un girón de sombra del redondel, el Cenizo había disparado en el aire sus puñales a su enemigo, quién se clavó como fulminado, sobre la arena. Un instante palpitó como un montoncito de plumas, que quisiera rizar el viento, en seguida estiró las patas enrojecidas de sangre, mientras el Cenizo se erguía para entonar el canto de su primer triunfo...

Y entonces, Vicho, después de coger su gallo, y guardar apresurado los billetes que apostara, había corrido hacia la casa. ¡Cómo estaría de feliz la Tila! Aquella alegría iba a contribuir a mejorarla de su terrible enfermedad.

En aquel breve instante de su adormecimiento, habían desfilado por su mente, todas las incidencias de la pelea. Asimismo, las escenas familiares en compañía de su hija, de la Tila, que se aficionaba a través de su cariño de todo lo que a su padre le gustaba. Dióse cuenta de la oscuridad que lo rodeaba, y entonces prendió la vela para mirar a su hija. Yo no jadeaba. Apenas un débil soplo de vida alentaba en su cuerpo. Le tiritaba el mentón como si

quisiera hablar esa imposible palabra, que la muerte le negaría terca e inexorable.

Como hipnotizado, el hombre se quedó mirándola, con la boca torcida por su dolor oscuro y amargo. No sintió llegar a su mujer, quien, despeinada y llorosa, venía hablando entrecortadamente con el doctor que la acompañaba. Sólo vió que el temblor de la barbilla de su hija cesaba y que su boquita exangüe quedaba con los labios abiertos, sin poder darle el beso de despedida. Entonces un grito inmenso, de animal que recibe una profunda herida, lo abatió sobre el lecho:

—¡Tila! Mi chiquilla...